

LEV TOLSTÓI

LA HISTORIA DE
UN CABALLO

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2018



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Холстомер. История лошади*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2018 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

Para la realización de esta traducción, la autora recibió el apoyo económico del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México, a través del programa Sistema Nacional de Creadores de Arte

ISBN: 978-84-17346-11-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 453-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A la memoria de M. A. Stajóvich, autor
de «Nocturno» y «Los jinetes», quien
ideó el argumento de este relato y me lo cedió.*

I

El cielo parecía estar cada vez más alto, la auro-
ra cada vez más extendida, la plata mate del rocío
cada vez más blanca y la hoz de la luna cada vez
más débil. El bosque se hacía más sonoro, la gen-
te comenzaba a levantarse, y en la cuadra de la
casa señorial se oían cada vez con más frecuencia
los resoplidos, los rumores de la paja y hasta los
relinchos enfadados y estridentes de los caballos
que se agolpaban enardeciéndose.

—¡Oh! ¡Calma! ¡Qué hambre tienen!—dijo
el viejo pastor de la caballada abriendo el portón
con un chirrido—. ¿Adónde vas?—amenazó a
una yegua que hizo ademán de salir.

Néster, el pastor de los caballos, llevaba pues-
ta una casaca atada a la cintura con una correa de
hebilla, un látigo cruzado en bandolera y, en el
cinturón, un pan envuelto en un trapo. Tenía en
las manos una silla de montar y una brida.

Los caballos ni se asustaron ni se ofendieron
por el tono burlón del pastor, fingieron que les
daba igual y, sin prisa ninguna, se alejaron de la

puerta; sólo una vieja yegua parda de larga crin bajó las orejas y, con un movimiento brusco, le dio la espalda. Entretanto, una yegua joven que estaba detrás, y a la que todo esto no concernía, relinchó y dio un empujón con la grupa al caballo que tenía más cerca.

—¡Eh!—gritó el pastor aún más alto y con voz aún más amenazante, y se encaminó a un rincón de la cuadra.

De todos los caballos que se encontraban en ese recinto (y eran cerca de un centenar), el que menos impaciencia mostraba era un pío castrado que estaba solo, alejado, en una esquina bajo el alero y que, con los ojos entornados, lamía un poste del cobertizo. Quién sabe qué gusto encontraría en eso el pío castrado, pero, mientras lo lengüeteaba, su expresión era en extremo seria y pensativa.

—¡Mimado!—le dijo con el mismo tono el pastor, acercándose hasta él y poniendo sobre un montón de estiércol que había ahí al lado la silla y el sudadero lustroso por el roce.

El pío castrado dejó de lamer el poste y, sin moverse, estuvo largo rato mirando a Néster. No sonrió, no se enfadó, no frunció el ceño, sólo aspiró muy hondo, dejó escapar un lastimero sus-

piro y luego se volvió hacia él. El pastor le rodeó el cuello con el brazo y le colocó la brida.

—¿Por qué suspiras?—dijo Néster.

El castrado movió la cola, como queriendo decir: «Por nada, Néster; así, sólo porque sí». Néster le puso el sudadero y la silla, y el castrado bajó las orejas expresando, seguramente, su descontento, pero lo único que consiguió fue que lo trataran de «haragán» y que le apretaran la cincha. Entonces el castrado se infló, pero le metieron un dedo en la boca y le dieron un rodillazo en el vientre para que soltara el aire. Pese a todo, cuando le apretaron la sobrecincha bajó de nuevo las orejas e incluso se volvió para ver. Sabía que aquello no ayudaría, pero de todas formas consideró necesario dar a entender que le resultaba desagradable y que siempre lo demostraría. Cuando estuvo ensillado, adelantó su hinchada pata derecha y se puso a masticar el bocado, movido quién sabe por qué consideraciones, puesto que ya había tenido tiempo de darse cuenta de que los bocados no tienen ni pueden tener ningún sabor.

Néster puso el pie en el estribo y se subió en el castrado. Desenrolló el látigo, liberó de debajo de sus rodillas la casaca, que se había queda-

do atascada, se sentó en la silla a la manera de los cocheros, los cazadores y los caballerizos, y tiró de las riendas. El castrado levantó la cabeza, anunciando que estaba dispuesto a ir adonde le ordenaran, pero no se movió. Él sabía que antes de partir todavía habría algunos gritos, que el hombre que iba sentado encima suyo daría órdenes a Vaska, el otro pastor, y a los caballos. Y, en efecto, Néster comenzó a gritar: «¡Vaska! ¡Eh, Vaska! ¿Has dejado salir a las yeguas? Pero ¿qué haces, demonio? ¡Hombre! Estás dormido. Abre, deja a las yeguas que salgan», etcétera.

El portón rechinó. Molesto y amodorrado, sujetando a un caballo por la brida, Vaska estaba de pie junto a la puerta dando paso a los caballos. Uno a uno, pisando con cuidado las briznas de paja y olisqueándolas, iban pasando: yeguas jóvenes, potrillos de crines esquiladas, mamentones y yeguas preñadas que, con cuidado y de una en una, deslizaban sus abultados vientres por la puerta. Las yeguas jóvenes a veces se apretujaban dos o hasta tres, poniéndose mutuamente la cabeza en el lomo y, al llegar a la puerta, apresuraban el paso, por lo que cada vez recibían las palabras injuriosas de los caballerizos. Los mamentones a veces se lanzaban hacia las patas de

madres ajenas y emitían unos relinchos sonoros, respondiendo a la breve llamada de sus madres.

Una yegua joven y traviesa, en cuanto hubo atravesado el portón, bajó ladeando la cabeza, alzó la grupa y relinchó; pero, con todo, no se atrevió a adelantar a la gris Zhuldyba, una yegua vieja salpicada de trigo sarraceno que, a paso lento y pesado, balanceando de un lado al otro el vientre, avanzaba circunspecta, como siempre, a la cabeza de la yeguada.

En apenas unos minutos, el hasta entonces muy animado corral quedó desconsoladamente desierto; los postes se alzaban tristes bajo el cobertizo vacío, y lo único que se veía era la paja pisoteada y sucia de estiércol. Por más familiar que fuera para el pío castrado esa imagen de vaciamiento, no dejó de afectarle. Muy despacio, como si estuviera saludando, bajó y alzó la cabeza, suspiró tanto como se lo permitía la ceñida sobrecincha y, moviendo sus patas entumecidas y torcidas, caminó pesadamente en pos de la yeguada llevando sobre su huesudo lomo al viejo Néster.

«Ya sé lo que va a pasar ahora: en cuanto salgamos al camino, encenderá su yesquero y fumará su pipa de madera, la que tiene una montura de

cobre y una cadenita—pensó el castrado—. Me da gusto, porque este olor me agrada así, temprano por la mañana, con el rocío, y me recuerda muchas cosas gratas; lo único malo es que cuando el viejo tiene la pipa entre los dientes se da postín, a saber quién se imagina que es, y se sienta de lado, sólo de un lado; y ése es el lado que me duele. Pero bueno, para mí no es nuevo esto de sufrir para que otros disfruten. Incluso he empezado a encontrar una especie de deleite equino en esto. ¡Pobre, dejémoslo que fanfarronee! Sólo puede hacerlo cuando no hay nadie delante, cuando nadie lo ve. ¡Que se sienta de lado!», razonaba el castrado y, pisando cauteloso con sus patas torcidas, avanzaba por el medio del camino.

II

Una vez que había llevado los caballos al río en cuyos alrededores debían pastar, Néster se apeó y quitó la silla. Entretanto, la caballada se había ido dispersando poco a poco por los prados aún sin hollar, cubiertos de rocío y de una neblina ligera que subía desde la pradera y también del río que la rodeaba.

Néster le quitó la brida al pío castrado y le rasgó el cuello, y el caballo, en señal de agradecimiento y deleite, cerró los ojos.

—¡Le gusta al sinvergüenza!—dijo Néster.

No, al castrado no le gustaba que lo rascaran, sólo por delicadeza fingía que le agradaba; sin embargo, movió la cabeza en señal de asentimiento. Pero de pronto, inesperadamente y sin ningún motivo, Néster, suponiendo que tanta familiaridad podría dar al castrado una idea falsa de su importancia, apartó con un movimiento brusco la cabeza del animal, alzó el freno y le asestó con el bocado un doloroso golpe en la pata enjuta. Después, sin decir palabra, enfiló

hacia un tronco en una loma, junto al que solía sentarse.

Esto afligió al pío castrado, pero no lo demostró de ninguna de las maneras y, moviendo lentamente la rala cola y olisqueando aquí y allá y arrancando alguna hierbecita para distraerse, se encaminó al río. Sin prestar la menor atención a lo que hacían alrededor las yeguas jóvenes, los potros y los mamantones, a los que la mañana había puesto de buen humor, y sabiendo que lo mejor para la salud, sobre todo a su edad, era beber abundantemente en ayunas y sólo después comer, eligió un punto donde la orilla era más ancha y menos abrupta y, mojándose los cascos y las cernejas, hundió el hocico en el agua y empezó a sorberla con sus labios agrietados, moviendo los ijares conforme se llenaban y agitando de placer la cola floja y pinta, de maslo pelado.

Una yegua alazana, buscapleitos, que siempre hacía rabiarse al viejo y le daba toda clase de disgustos, también en esta ocasión se acercó al caballo por el río, fingiendo que quería beber, aunque en realidad sólo pretendía enturbiarle el agua que tenía frente al hocico. Pero el pío ya había bebido y, aparentando no darse cuenta de las intenciones de la alazana, sacó tranquilamente de

una en una sus hundidas patas, sacudió la cabeza y, apartándose de la juventud, se puso a comer.

Con las patas separadas de distintas formas para no aplastar más hierba de la necesaria, y sin levantar apenas la cabeza, comió durante tres horas seguidas. Una vez que hubo comido tanto que la panza colgaba como un saco de sus enjutas y salidas costillas, se posó sobre sus cuatro patas enfermas de tal manera que el dolor fuera lo menos intenso posible, sobre todo para la pata delantera derecha, que era de todas la más débil, y se quedó dormido.

La vejez puede ser majestuosa, puede ser repulsiva o puede ser lamentable. A veces puede ser majestuosa y lamentable al mismo tiempo. La vejez del pío castrado era precisamente así.

El castrado era alto, medía no menos de dos arshinas y tres vershoks.¹ Su pelaje era pío negro, o más bien había sido pío negro, porque ahora las manchas negras se habían vuelto de un color bayo percutido. Tenía tres manchas; una nacía en un lado del hocico y se extendía hasta la

¹ La arshina era una antigua medida rusa de longitud equivalente a 0,71 metros, como el vershok, equivalente a 4,4 centímetros. (*Todas las notas son de la traductora*).

mitad del cuello. La larga crin envedijada y revuelta con bardana era blanca por aquí y castaña por allá. Otra de las manchas se desparramaba a todo lo largo del flanco derecho y llegaba hasta la mitad del vientre. La tercera estaba en la grupa y cubría la parte alta de la cola y la mitad de las ancas. El resto de la cola era blancuzca, mezclada.

Su cabeza grande y huesuda, de cuencas hundidas, y su bello, antaño negro y hoy caído y agrietado desde quién sabe cuándo, colgaban pesadamente, como si fueran de madera, del vencido de tan flaco cuello. Detrás del caído bello se podía vislumbrar la lengua negruzca, mordisqueada en uno de sus lados, y los restos amarillentos y podridos de los dientes inferiores. Las orejas, una de las cuales estaba mocha, caían a los lados y sólo de vez en cuando se movían perezosamente para ahuyentar a las moscas que se le pegaban. Un mechón aún largo del copete colgaba detrás de una de las orejas. La frente descubierta era áspera y estaba hundida. La piel colgaba formando bolsas encima de las amplias quijadas. Sobre el cuello y la cara, gruesas venas dibujaban nudos que se estremecían y temblaban cada vez que una mosca lo rozaba. La expresión de su cara era grave, meditabunda y dolorosa.

Las patas delanteras, a la altura de las rodillas, estaban arqueadas; en ambos cascos había excrecencias, y una de las patas, aquella en la que la mancha llegaba hasta la mitad del muslo, tenía un bulto del tamaño de un puño junto a la rodilla. Las patas traseras estaban menos fastidiadas, pero habían perdido el pelo en las ancas, al parecer desde hacía mucho tiempo, y éste ya no volvería a crecer en esos lugares. Las cuatro patas parecían desmesuradamente grandes a causa de la flacura del cuerpo. Las costillas, aunque fuertes, estaban tan separadas y tan salidas que la piel parecía adherida a los intersticios que las separaban. La cruz y el lomo estaban surcados por las marcas de antiguas tundas, y en la grupa tenía una llaga reciente que se había inflamado y supuraba. El negro maslo de la cola, en el que se marcaba cada vértebra, se mostraba largo y casi pelado. Sobre la grupa color castaño, cerca de la cola, se veía una herida grande como la palma de una mano, cubierta de pelos blancos y que parecía un mordisco. Otra herida, ya cicatrizada, lucía en una de las escápulas anteriores. Las corvas traseras y la cola estaban sucias debido a los frecuentes trastornos estomacales del animal. El pelo de todo el cuerpo, aunque corto, era hir-

suto. Y, sin embargo, pese a la repugnante vejez de este caballo, al verlo, uno involuntariamente pensaba—y un conocedor sin duda de inmediato habría afirmado—que en sus buenos tiempos aquél debió haber sido un ejemplar espléndido.

Un conocedor incluso habría dicho que en Rusia sólo hay una raza capaz de dar una osamenta tan ancha, unos omóplatos tan grandes, unos cascos tan fuertes, una delicadeza tan destacada en los huesos de las patas, un cuello tan bien plantado y, sobre todo, un cráneo como ése, unos ojos tan grandes, negros y luminosos, esa tersura del pelo y de la piel y esos nudos de venas cerca de la cabeza y del cuello, signo indiscutible de buena raza.

Sí, efectivamente había algo majestuoso en la figura de este caballo, y en la terrible combinación de los repelentes signos de decrepitud, que el pelaje manchado acentuaba, con la actitud serena y segura de un animal consciente de su fuerza y su belleza.

Como un vestigio viviente se alzaba solitario en medio de la pradera cubierta de rocío, mientras no lejos de él se oían las pisadas, los resoplidos, los relinchos jóvenes, el alboroto de la yeguada dispersa.